

HISTORIA ARTISTICA E HISTORIA CIENTIFICA *

En 1928 apareció en la *Revista de Occidente* un impetuoso artículo de Ortega y Gasset en que se declaraba la bancarrota de la Filología. El artículo de Ortega y Gasset, redactado con una acometividad de circunstancias (el autor se dejó contagiar del ocasional encanto estilístico de Hegel, cuya violenta polémica con los filólogos de su tiempo Ortega exhuma), no fué interpretado con entera justeza, por lo menos a juzgar por las varias conversaciones que personalmente mantuve con distintos intelectuales en tal ocasión. Como a todo intelectual de habla española interesa la armadura exacta de cada pensamiento de Ortega y Gasset, bueno será ahora, con motivo de una nueva obra magna de la Filología, el intento de entresacar de su literatura la verdadera actitud, exclusivamente intelectual, que el filósofo español ha tomado frente a esta ciencia. En primer lugar, Ortega toma la palabra filología en un sentido no usual en nuestros medios, pero perfectamente autorizado en los usos europeos del siglo XIX: Filología es historia a base de documentos. Ortega no alude a la Filología como ciencia del lenguaje, como ciencia no auxiliar de otra — fuera del auxilio mutuo inevitable con todas las ciencias —, como disciplina cuyo objeto es de interés tan humano como la Psicología, por ejemplo. La Filología que Ortega ataca es la que Hegel atacaba: historia hecha en los Archivos y Bibliotecas. Una Filología que, por cierto, no ha dejado de ser cultivada, como lo atestigua espléndidamente el reciente libro de Menéndez Pidal, *La España del Cid*. Pues bien; ante esa Filología,

(*) A propósito de *La España del Cid*, de R. Menéndez Pidal.

el pensamiento neto de Ortega y Gasset es este: la documentación es necesaria, pero no lo más importante de los estudios históricos; confundir *necesidad* con grado de *importancia* ha sido la ruina de la Filología; lo *esencial* es el espíritu que el historiador insufla a esas documentaciones, las ideas que él ponga y que no podrá hallar en los documentos, la arquitectura que dé a los datos.

Nitidez irreprochable. Ortega y Gasset cumple otra vez con su noble misión de acuciador de intereses espirituales: Espíritu de la letra. Me importa mucho destacarlo, y hacer ver que, prescindiendo de algunas ocasionales violencias de lenguaje, de algunos giros y términos sobreexpresivos de su artículo — despistadores, descarriadores —, ésta ha sido siempre la actitud de Ortega y Gasset, que nunca ha regateado elogios a los filólogos pensadores. De Menéndez Pidal ha dicho Ortega y Gasset que es un filólogo ejemplar "porque tiene ideas" (*Espíritu de la letra*). Famosa es la solemne presentación y glosa de una frase de Mommsen — otro gran filólogo — que llena el primer capítulo de la *España invertebrada* y que en cierto modo es el esqueleto del libro entero: "Pues bien: hay un instante solemne en que Mommsen va a comenzar la relación de las vicisitudes de este pueblo ejemplar. La pluma en el aire, frente al blanco papel. Mommsen se reconcentra para elegir la primera frase, el compás inicial de su hercúlea sinfonía. En rauda procesión transcurre en su mente la fila multicolor de los hechos romanos. Como en la agonía suele la vida entera del moribundo desfilar ante su conciencia, Mommsen, que había vivido mejor que ningún romano la existencia del Imperio latino, ve una vez más desarrollarse vertiginosa la dramática película. Todo aquel tesoro de intuiciones da el precipitado de un pensamiento sintético. La pluma suculenta desciende sobre el papel y escribe estas palabras: *La historia de toda nación y sobre todo de la nación latina, es un vasto sistema de incorporación*".

Así habla Ortega y Gasset de un filólogo típico.

Pero, además, hay otra circunstancia que ha contribuido en nuestro ambiente a provocar la torcida interpretación del artículo de Ortega. Y es que la Filología atacada es la del siglo XIX, la que Hegel atacó, la que ha sufrido ataques mucho

más feroces que los de Ortega y Hegel, de parte de los mismos filólogos modernos. Por esto, Ortega no tenía por qué hacerse cargo de los esfuerzos idealistas de los filólogos modernos del tipo de Vossler en su *Frankraichs Kultur in der Spiegel der Sprache* o en sus *Neue Denkformen im Vulgärlatein*, en donde la lengua vuelve a utilizarse como documento histórico, pero de vida interior, de actividad exclusivamente espiritual de sus hablantes. Y Ortega y Gasset, al atacar tan briosamente a esa Filología del siglo XIX, ha sido consecuente con su pensamiento, reiteradamente manifestado, condenatorio de la marcha poco inteligente que llevaron durante la pasada centuria las ciencias del espíritu y de la vida: "Se ha hecho mecánica biológica, pero no propiamente biología: ha atendido, con raro exclusivismo, a aquellos fenómenos que, aconteciendo en el ser vivo, son menos vida" (*El Espectador*, III, 118). "Pasemos ahora a la vitalidad psíquica. También ella ha padecido los mismos errores y manías que la biología corporal durante la pasada centuria" (*Id.*, 139). "El atraso en que la Psicología actual se encuentra respecto a los fenómenos sentimentales es sencillamente escandaloso y un síntoma inequívoco de lo que fué el alma de estos últimos ochenta años, afortunadamente transcurridos ya" (*Id.*, 153, nota, y semejante en la pág. 156, n., etc.).

Afortunadamente transcurridos ya, también para la Filología, tanto si identificamos este término con *Historia documental* (los franceses ponen gran esmero en diferenciar la *Philologie* de la *Linguistique*) como si entendemos por Filología lo que los alemanes llaman *Philologie* o *Sprachwissenschaft*: ciencia del lenguaje. Es más, lejos de estar en bancarrota, sus progresos, su espiritualización, su purificación, es incomparablemente superior a la de las otras ciencias hermanas. El camino recorrido en ochenta años supone, respecto a las otras disciplinas, una velocidad vertiginosa. Dejando ahora a un lado las construcciones de los filólogos idealistas, por pertenecer a esa otra Filología = *Sprachwissenschaft* no aludida por Ortega y Gasset, ahí mismo tenemos reciente la publicación de ese magnífico libro, *La España del Cid*, de Ramón Menéndez Pidal. Una demostración espléndida de cómo la Filología va salvando la crisis que, juntamente con la Biolo-

gía, la Psicología, la Filosofía, etc., ha sufrido durante estos últimos ochenta años.

Me apresuro a prevenir que en las páginas que siguen no hay ni el asomo de polemizar con mi maestro Ortega y Gasset, con objeciones que resultarían inoportunas, ya que su fustigante artículo no iba, desde luego, contra los hombres que representan en nuestra ciencia el mismo papel reaccionante que Ortega y Gasset en Filosofía, sino contra los que todavía se empeñan en proseguir cultivando el positivismo en Filología. Mi plática va a los que interpretaron desquiciadamente aquel artículo, sin advertir que al hablarnos de la "banca-rotta" de la Filología se refería Ortega y Gasset muy exactamente a la bancarrota de la Filología positivista; sólo que habría que incluir con la misma justicia en la bancarrota a la Filosofía positivista y a la Psicología positivista y a la Biología positivista. Si Ortega no lo hizo, fué porque estas disciplinas no entraban entonces en su tema; pero bien conocido es su pensamiento en este punto.

Confieso que es para mí un agudo motivo de placer, unir aquí los nombres — igualmente queridos — de don Ramón Menéndez Pidal y de don José Ortega y Gasset. Ambos son nuestros dos más eminentes valores culturales. Ambos aparecen agrandados, sin contar con su aporte personal al planteo y resolución de problemas, por su papel de destructores de inercias. No es éste el momento de destacar lo que los estudios filosóficos deben a Ortega y Gasset en el mundo hispanoparlante. Apenas puedo aquí más que manifestar mi gratitud por lo que a mí toca, para notar el papel análogo que Menéndez Pidal está desempeñando en el campo más restringido, pero gracias a él cada vez más vasto, de la Filología.

Menéndez Pidal es en España el maestro renovador de la Filología Historia, como lo es internacionalmente de la Filología Lingüística, ríos que en él juntan fecundamente sus aguas.

He ahí, *La España del Cid*, el milagro de vida que una copiosa, personal, escrupulosa documentación puede hacer si está al servicio de una mente privilegiada. Conocido cada movimiento de los hombres-guías, y valorado como impulso personal y como indicio de direcciones culturales colectivas; conocidas y valoradas las reacciones y presiones populares. Arran-

cado su secreto de vida a cada firma estampada en documentos al parecer humildes. Rectificados mil informes sobre la España medieval, por un historiador que puede ahora precisar el valor exacto de una frase, de una palabra de aquella antigua lengua, de una costumbre típica en la indumentaria, de un uso — en apariencia formulario — en los procedimientos jurídicos.

Menéndez Pidal tiene que empezar por deshacer la leyenda negra que una descarriada información había tejido alrededor del Cid, libertando el pensamiento de tantas ideas falsas recibidas. Tiene, sobre todo, que libertar la mente del lector del sabio prestigio de Dozy, erudito insigne, pero que falseó la imagen del caballero de Vivar, a veces por deficiencias de interpretación en los documentos que manejaba, escritos en una lengua que sólo entendía a medias, y, constantemente, empujado por una cidofobia perturbadora de su clara inteligencia. Con paciente trabajo, Menéndez Pidal ha revisado cuantas fuentes utilizó Dozy, y ha podido poner a la vista "sus doctos amaños". Toda la Parte I, exposición y crítica de las historias del Cid, es una magistral lección de Historiografía documental, de crítica filológica. Pero, además, Menéndez Pidal pone a contribución medios informativos muy superiores a los utilizados hasta ahora: muchos más diplomas cidianos, que alumbran sobre "la vida del Cid en Castilla, y la reconciliación del Cid con el rey, la batalla de Cuarte o el matrimonio de las hijas del Cid, así como la cronología toda"; mejor texto de la *Historia Roderici*; los extractos de Ben Alcama, insertos en la *Primera Crónica General*, mucho más perfectos que los de la *Tercera Crónica*, utilizados por Dozy; nuevas fuentes olvidadas o desconocidas, como la *Crónica de San Juan de la Peña* y otras árabes. Y sobre todo, la maestría convincente, tan nueva y tan personal, de coordinar las fuentes entre sí para obtener, de lo que al pronto parece rompecabezas, un hermoso mosaico. "Y aún resta un punto delicado — dice el autor. — La enorme aberración con que la historiografía moderna vió la figura del Cid es una última consecuencia de la progresiva negación de las fuentes poéticas, negación que se viene trabajando desde el obispo Sandoval acá. Una vida esencialmente excitadora de poesía, como la del Cid, acabó por ser ajada con el

mayor prosaísmo, incomprensivo, bronco o artero, en las obras de Risco, Masdeu y Dozy" (pág. 54).

Resulta así Menéndez Pidal el historiador que mayor y mejor materia informativa ha acumulado sobre la figura del Cid. Es obvia ahora la distinción tenaz que Keyserling — y tantos otros — destaca entre información y comprensión. Pero nuestro caso es ejemplar para ver cómo la comprensión que se creía tener de la persona del Cid, era completamente falsa, era incomprensión, precisamente por deficiencias informativas. Comprensión de una figura histórica, de una época, de un pueblo, no es otra cosa que estructuración personal de los informes que sobre el tema tengamos. Ciertamente se puede llegar con datos escasos y falsos a una estructura de valor tan subido — si no más —, como la que puede conseguir el sabio más erudito: el Cid de Guillén de Castro y el de Corneille son ejemplos insignes. Pero la ciencia y el arte son cantidades — calidades — heterogéneas. Con procedimientos de este tipo artístico, ahora está recibiendo la historia un magnífico cultivo de parte de nuestros mejores pensadores: Spengler, etc., y de los que nos han visitado, Ortega y Gasset, Keyserling y Frank. De la obra de Spengler ha destacado el mismo Ortega muy acertadamente su valor de excitante mental, pero avisándonos también sobre sus continuas trampas — pozos bajo la hierba igual — y discrepando en suma de la visión total que Spengler nos ofrece.

Pero una brillante estructuración polarmente contraria a la de Spengler, no mermaría a ésta su valor. Porque en esta clase de Historia no buscamos la verdad de la cosa en sí, sino la organización que un espíritu singular da a ese objeto; buscamos comprobar cuáles son, frente a un sonido múltiple y complejo, los tonos y timbres e intensidades que los peculiares resonadores de ese espíritu singular recogen y agrandan, mientras el resto queda impercibido. Por esto, dos visiones contradictorias, si son sinceras, serán igualmente verídicas en esta clase de Historia, porque la verdad tiene su centro de gravitación en el mismo espíritu del historiador-artista. Dos estructuras contradictorias nos servirían certeramente para determinar qué diferencias hay en el sistema de resonadores receptivos de uno y otro pensador. Porque esta clase de Historia no puede pretender ser otra cosa que la historia de sus historiadores. Pero esta

Historiología, que puede reservarnos los más exquisitos placeres intelectuales, no desaloja de nuestro insaciable apetito de conocer, el afán de saber la verdad objetiva. Al estudiar un sonido, un físico no se contenta con saber qué tonos, timbres e intensidades han resultado destacados al enfrontarle una magnífica caja de resonancia; quiere saber qué sea el sonido mismo, prescindiendo del experimento de la caja. Aquí se necesitan otros procedimientos que los artísticos, se necesitan procedimientos científicos, diferenciables de los otros en que sus conclusiones están sujetas a comprobación. Ya esta Historia no puede ser otra cosa que filológica. Ortega y Gasset concedió su necesidad, pero subordinándola en importancia a la otra. Modestamente, acotamos que nos parecen cantidades heterogéneas. La perfección, eso sí, estará sólo en la unión fecunda de ambos procedimientos. El historiador ideal será aquel espíritu superior, aquel pensador profundo que, picado de un anhelo de exactitud dedique su larga vida a documentar sus pensamientos y a pensar sus documentos. Este ha sido don Ramón Menéndez Pidal. La arquitectura armoniosa que da a ese siglo XI de la historia de España, que aparece en las Historias como un avispero de fuerzas desarticuladas, es un verdadero milagro producido por el maridaje de pensamiento y erudición. Absurdo pretender que el genio más alto del mundo nos devuelva, como lo hace Menéndez Pidal, este siglo XI otra vez vivo, lleno de sangre circulante, movido congruentemente por apetitos e ideales culturales y en perfecto engranaje con el resto del mundo medieval; absurdo pretenderlo, si ese hombre no tiene además como Menéndez Pidal, el heroísmo y la virtud de dedicar muchas horas durante largos años a arrancar sus secretos a los testimonios dispersos de aquella vida. Conforme que no es pintor el fabricante de colores; pero siempre se ha tenido por una excelencia de los pintores renacentistas el que cada uno preparara según sus propios designios los colores de sus cuadros.

En las 1000 páginas de este libro, *La España del Cid*, se apiñan las ideas y los datos nuevos o desescoriados, se alían la información personal y la comprensión, el análisis atomizador y la síntesis certera y grandiosa. Los datos se vuelven ideas. El Islam ya no es en la historia de Europa como algo marginal,

como extraño sistema planetario cuando más tangente en ocasiones al europeo. He aquí cómo se siente la rítmica respiración del mundo antiguo: "Sobre las ruinas del Imperio Romano, que fué agresión de Europa contra Asia, se dilata un flamante Imperio Damasceno, agresión de Asia contra Europa. Antes el cristianismo, unido al espíritu imperial romano, era la única gran fuerza cohesiva que operaba en el mundo de Alejandro y de Trajano (en la Eurasiática, tendríamos que decir, remediando el nuevo vocablo que han lanzado los geógrafos, incompleto en un tercio); ahora actúa poderoso, enfrente del cristianismo, el islam, que señorea una porción mayor de ese mundo" (pág. 65). La Edad Media adquiere ahora una caracterización más amplia y más exacta; se penetra más en su fenomenología, estamos más cerca de su esencia; la Edad Media no se inicia con las invasiones bárbaras, sino con la última de todas, aquella que traía consigo un nuevo tipo de cultura, la arábiga. Así, se nos aparece como una época esencialmente latino-árabe, o cristiano-islámica (parte I, cap. II). Se dividen ahora las edades por los cambios en los tipos de cultura, no por accidentes en los Estados. La Edad Media se inicia con la invasión árabe en el mundo latino, en toda su parte meridional (Africa) y en sus dos extremos oriental y occidental. El símbolo es ahora, como antes, el Mediterráneo, mar alrededor del cual el mundo greco-latino había formado un núcleo de cultura: "El *mare nostrum*, centro y entraña del mundo antiguo, pierde ese carácter para convertirse en frontera divisoria, disputada por los dos nuevos mundos que nacen en el siglo VIII". Los árabes no se suman, como los germanos, a la lengua, religión y cultura romanas. Ellos traen las propias. Y cada día va poniendo la Filología más en claro que ninguna gran figura del Medio Evo es comprensible si no tenemos en cuenta las copiosas y fecundadoras infiltraciones de la cultura musulmana en la cristiana (1).

España no difiere de Europa porque es invadida por los ára-

(1) No tengo por qué recordar que los árabes fueron los maestros de los cristianos medievales en medicina, matemáticas, filosofía, astronomía, etcétera. Aun un tipo cumbre y sintetizador como Dante se nos aparece ahora como expresión magna de esta cultura cristiano-islámica. Véase MIGUEL ASIN, *La escatología musulmana en la "Divina Comedia"*. 1919.

bes; es Europa la invadida y contenida por sus dos extremos oriental y occidental. Las Cruzadas, ¿qué son sino un golpe de sangre que el corazón de Europa lanza a sus miembros invadidos?

Y la España cristiana, zona de frontera en esta época fronteriza, tiene en el siglo XI su crisis cultural más dramática: a los grandes vuelos que ahora ha tomado la reconquista ha precedido inmediatamente un cambio en la orientación de la cultura. Ya no miran los cristianos hacia el sur, ahora que ya se ha apagado el esplendor de la corte califal de Córdoba, sino a la cultura cada vez más pujante del otro lado de los Pirineos, a la cual los cluniacenses, y sobre todo el genio de Gregorio VII, han dado organización y poder expansivo. En España cambian las costumbres políticas, las religiosas y hasta las litúrgicas; cambia también la letra de sus escribas que abandonan la nacional o visigótica para adoptar la francesa que los cluniacenses les enseñan. Con esto una gran parte de los libros se hacen ilegibles, la tradición cultural escrita queda trunca, y la revolución puede así cumplirse vertiginosamente.

En este siglo de crisis, la figura del Cid Campeador alcanza un egregio valor representativo, como si fuera formado por los nervios de todos esos entrecruzados intereses culturales. Bien subrayado su genio militar, con ser el único cristiano que supo salir triunfante de la táctica nueva de los guerreros almorávides; el Cid vasallo leal, sabedor en derecho castellano, leonés y musulmán, el Cid con un profundo sentido nacionalista, pleno de responsabilidad, con la clara visión de nuestros problemas políticos, el Cid prudente, austero, tolerante, sagaz, previsor; el Cid poseedor por sus virtudes de un poder extraordinario de proselitismo.

Y junto a él el rey Alfonso, Alvar Háñez, García Ordóñez, los reyes aragoneses y los condes catalanes, los pequeños príncipes musulmanes y el emperador africano. Van viniendo primero con los datos escuetos de la Historia; no son ellos, son las cosas que de ellos nos cuentan los documentos, hasta que de repente un adjetivo certero del autor da en el preciso resorte vital de aquellas momias y las vuelve a la vida. Véase la caracterización de Alfonso VI en la pág. 430, la de Gregorio VII en la pág. 268, la de Almanzor en la pág. 80, la del ilustre

mediocre García Ordóñez (*passim*), la de la sultana Romaiquia en la pág. 286, etc., etc.

Sí, esto es algo más que erudición. Esto es ya una perfección en que el arte y la ciencia se funden en una esencia superior, y que se manifiesta en ese estilo magnífico cuyas calidades consisten en la perfecta adherencia de la expresión al pensamiento, no sólo a la idea, sino también a la descarga emocional que dispara la idea y le hace describir su amplia parábola, certeramente, hasta el blanco.

AMADO ALONSO.